



CAPITULO IX.

REPUBLICA FRANCESA.—DESDE LA DECAPITACION DEL
REY HASTA LA CAIDA DE LOS GIRONDINOS.

SUMARIO.

Dolor y consternacion general que se difunden con motivo de la muerte de Luis.—Ocasiona la irreparable ruina de los Girondinos.—Retírase Roland del ministerio del Interior y succédele Garat.—Guerra con la Gran Bretaña, la España y la Holanda.—Prodigioso efecto que produce este acontecimiento.—Su efecto perjudicial á la causa del partido del rey y de la constitucion.—Plan que adoptan los jacobinos para resistir á los aliados.—Ereccion del tribunal revolucionario.—Grande miseria en Paris.—Peticiones que dirige el pueblo para que se establezca una ley de Maximun.—Designios de Dumouriez.—Se resuelve á restablecer la monarquía.—Frústrase su proyecto y huye.—Contiendas entre Girondinos y Jacobinos.—Traman los Jacobinos una conspiracion, y se les malogra.—Estalla la guerra en la Venda.—Medidas vigorosas de la Convencion.—Es denunciado Dumouriez, y se nombran los miembros para la comision de salvacion pública.—Los Girondinos y el centro envian á Marat al tribunal revolucionario.—Violenta agitacion que se suscita para impedirlo.—Queda absuelto.—Enérgica proposicion de Guadet.—Insurreccion general contra los Girondinos y la Convencion.—Desespera da lucha en la asamblea.—Dictámen de Garat, declarando á Pa ri

en Estado de tranquilidad.—Repítase la insurrección el 31 de Mayo.—Inmensa fuerza que se organiza en los suburbios.—Rodean á la Convención y la asaltan.—Vehemente debate que se sostiene en su recinto.—Intentan los diputados evacuar la cámara, pero los repelen hácia adentro las turbas armadas del pueblo.—Los treinta caudillos de la Gironda son entregados y se les arresta.—Muchos se fugan á las provincias.—Se les juzga y sentencia.—Su heroica muerte.—Juicio de Madama Roland y su muerte.—Noble conducta que despliega.—Muerte de Mr. Roland.—Reflexiones sobre la caída de los Girondinos.

Con la muerte de Luis consumóse la destrucción de la monarquía francesa. Con este hecho habia llegado la Revolución al primer escalon de las convulsiones de esta clase. Habiendo emanado de principios que se apoyaban en la filantropía, debiendo un fuerte apoyo al liberalismo de la aristocracia y su existencia á la descendencia del trono, fué destruyendo sucesivamente á todas las clases que la sostuvieron. El clero fué el primero que figurara bajo sus pendones, y fué el primero al cual esterminase; despues sometieron á correr su suerte los nobles, y fueron los que en seguida padecieron; propúsose el monarca hacer bienes sin límites á sus súbditos, accedió á todas las peticiones de los corifeos de la Revolución, y en cambio se le envió al cadalso. Quedaba por verse cuál seria el fin de los que habian vencido en la lucha; faltaba ver si sus enormes crímenes no tendrían castigo, y si las leyes de la naturaleza dejarían á la perversidad en la misma impunidad que los tribunales humanos.

“¿Quid in rebus civilibus, dice Bacon, maxime prodest? Audacia. ¿Quid secundum? Audacia. ¿Quid tertium? Audacia. In promptu ratio est; inest enim naturæ humanæ, plerumque plus stulti quam sapientis, unde et facultates ex quibus capitur pars illa in animis mortalium stulta, sunt omnium potentissimæ. Attamen utcumque ignorantie et sordidi ingenii proles est audacia, nihilominus fascinat et captivos ducit eos qui vel iudicio infirmiores sunt, vel animo timidiores; talis autem est hominum pars maxima.” “Le canon que vous entendez, decia Danton en la barra de la asamblea, n’est pas le canon d’alarme; c’est le pas de charge sur nos ennemis. Pour les vainere, pour les atterrer, que feut il? De l’audace! encore de l’audace! toujours de l’audace!” [Esos cañonazos que ois no se disparan en lugar de alarma, es el paso de ataque sobre nuestros enemigos. ¿Qué es lo que se necesita para vencerlos, para aterrarlos? ¡Audacia, mas audacia y siempre audacia!] No deja de ser coincidencia notable la de que una gran perspicacia filosófica hubiese inspirado al sabio del siglo XVI, no solo las mismas ideas, sino aun las propias palabras que sugirieron al terrible demagogo del siglo XVIII las tormentas revolucionarias (1).

Jamas se mostró tan á las claras la exactitud de las memorables palabras que dejamos citadas como en Francia durante los progresos de la Revolución. La nobleza, el prestigio, el talento

(1) Bacon X, 32. Mig. I, 204. Th. III, 272.

y el patriotismo abandonaron el campo de batalla ó perecieron en la lucha; la intrépida ambición y la turbulenta audacia triunfaron de todos sus contrarios. Los Girondinos sostenían que la fuerza de la razón y la fuerza del pueblo eran una cosa misma, y se lisongeaban de que por medio de su sola elocuencia refrenarían á la Revolución cuando se llegasen á hacer temibles sus excesos; vivieron para palpar que eran absolutamente incapaces de luchar contra la vehemencia del pueblo y fueron víctimas al fin de la tormenta que escitaran.

La máxima de "Vox populi vox Dei," es solo exacta cuando se hace entender con ella el resultado de la reflexión de los hombres en época, tranquilas, cuando han pasado las de agitación y la razón ha vuelto á tomar todo su dominio; pero es tal el imperio de las pasiones en momentos de efervescencia, que entonces sería mucho mas exacto decir que la voz del pueblo es la de los demonios que lo dirigen. No corre á una muerte mas cierta un corcel desbocado por el terror, como se lanza el populacho á su perdición aguijado por la ambición revolucionaria. Hé aquí la ley que ha establecido la naturaleza para el lento pero infalible castigo de los ambiciosos. Sobre cada facción de las que sucesivamente se van posesionando del poder, levántase otra mas audaz que ella misma para que la sirva de azote, hasta que todas las clases que están complicadas en el crimen, han ido recibiendo su castigo, y la nación, vestida del peni-

tente saco y cubierta de ceniza, no haya espionado sus culpas.

La muerte de Luis hizo percibir á una multitud de ciudadanos, cuando ya era demasiado tarde, el peligro que se Consternacion que se esparció por todas partes á consecuencia de la muerte de Luis. corria con que el pueblo se apoderase de la suprema autoridad. Apenas

hubo caído en un patíbulo su cabeza, cuando se hizo visible el dolor público. Los desalmados á quienes se pagara para que prorumpiesen en exclamaciones de triunfo, no pudieron arrojar un grito á presencia de los espectadores. Maldecíase generalmente el nombre de Santerre. "El rey iba á apelar á nosotros, decían los individuos del pueblo, y le habríamos salvado." Muchos hubo que mojaron en la sangre de la víctima sus pañuelos; y unos cuantos de los concurrentes que aun conservaban algunos sentimientos religiosos, recogieron fragmentos de su cabello con la mayor veneración, y pusieronlos al lado de reliquias de santos. Los guardias nacionales se retiraron silenciosos y abatidos á sus hogares; y arrojando á un lado sus armas, dieron rienda suelta en el seno de sus familias, á sentimientos que no se habían atrevido á demostrar en público. "¡Ay! ¡Si hubiera yo podido contar con seguridad con mis camaradas!" era lo que generalmente decían. Hé aquí el funesto efecto que producen las disensiones intestinas; la desconfianza mútua que reina, no permite obrar á los buenos, y se ele-

ván los malos, porque se teme su notoria audacia [1].

A las diez y media ya habia sido decapitado Luis, y sin embargo las tiendas estuvieron cerradas todo el dia, y las calles desiertas. No parecia Paris sino una ciudad que hubiese despojado un terremoto. No se veian sino algunos grupos de asesinos entonando cantares revolucionarios, los mismos que habian servido de preludio á las matanzas de Setiembre. Sus voces, repetidas en eco por las silenciosas paredes, llegaron á la carcel del Temple, y fueron las primeras que llevaron la noticia á la real familia, de la muerte del soberano. La reina y su huérfano infante cayeron de rodillas, y rogaron al Eterno que les permitiese reunirse en breve al martir en las regiones del Empíreo. [2]

La muerte del monarca, no solo engendró entre los partidos un encono irreconciliable, sino que aun debilitó el influjo de que gozaban los girondinos para con el pueblo. Acusabanles incesantemente los jacobinos de que habian hecho esfuerzos por salvar al tirano; aquellos no podian negar haber abrigado tan noble designio, el cual constituia un imperdonable delito en el sentir del partido democrático. Acusabanles tambien de tener aversion al pueblo porque reprobaban sus excesos; de que eran cómplices del tirano porque habian intentado

La muerte del rey acabó de perder para siempre á los girondinos.

(1) Lac. X, 256. Th. IV, 2.

(2) Lac. X, 257.

salvar su vida; de que eran traidores á la República porque recomendaban que se usase de moderacion para con los enemigos de ella. Temiendo que se hiciese palpable la monstruosidad de semejantes inculpaciones, si volvía á enseñorearse la razon del ánimo del público, continuaron los jacobinos adoptando cuantas medidas podian influir en que se conservase en su anterior efervescencia. Infundir terror á los contrarios de la revolucion; mantener en un mismo ser á la vehemencia revolucionaria, mostrandola el peligro é impeliendola al frenesí de las insurrecciones; hacer ver que la salvacion de la República unicamente dependia de sus esfuerzos, y electrizar á los departamentos por medio de las sociedades subalternas, tal era el sistema que con todo empeño seguian, hasta que esterminaron á todos sus contrarios. [1]

A consecuencia de la muerte del diputado Lepelletier Saint Fargeau, á quien asesiné por haber votado por la muerte del rey un antiguo miembro de la guardia de corps llamado Paris, operóse una fusion temporal de partidos. La condicion que medió para esta union, fue la de que se despidiese al recto é intrepido Roland, del ministerio del interior. Reemplazole Garat, hombre de bella índole pero destituido de firmeza, y nada apto para la época delicada en que comenzó á ejercer sus funciones. Con la depo-

Se despide á Roland del ministerio.

(1) Mignet I, 242. Th. IV, 2, 3.

sición de Roland perdió el partido girondino el único fuerte apoyo con que contaba. [1]

Los jacobinos dudaron hasta el postrer momento de que tuviese buen éxito su ataque dirigido al rey. La misma magnitud de esta tentativa y la enormidad misma del crimen, asustaba á aquellos hombres sanguinarios; de suerte que fué tanto mayor su júbilo cuanto era inesperado el triunfo. Los girondinos, por su parte, lloraron á la ilustre víctima, y sobrecogidos de terror al contemplar la horrible victoria que habian obtenido sus contrarios, consideraron el martirio de Luis como preludio de dilatadas y sangrientas contiendas, y como el primer paso que se diese hácia el implacable sistema que se siguió en breve. Habian abandonado á Luis á su suerte, para demostrar que no eran realistas; pero no hubo en toda la república quien no echase de ver que tal conducta no era sino una vergonzosa flaqueza. Todos conocieron que la necesidad, y no sus sentimientos, les hacia manejarse de aquel modo; que el miedo se habia sobrepuesto á sus resoluciones, y que la medida de apelacion al pueblo que propusieran, tenia por objeto atraer sobre otros un peligro al cual temian esponerse ellos mismos. De este modo se enagenaron la confianza de todos los partidos; la de los realistas, porque fueron los primeros motores de la sedición que causó el destronamiento del monarca; la de los jacobinos, porque no sostuvieron

(1) Lac. Pr. Hist. II, 50. Mignet, I, 243, 244. Toul. III, 235. Th. IV, 3.

su sentencia á muerte. Roland, completamente desalentado, no por el riesgo que pudiese correr su individuo, sino porque no veia posibilidad de contener los progresos del mal, tuvo á gran fortuna descender de la peligrosa altura en que se hallaba, á la tranquilidad de la vida privada. (1)

Todos los partidos se equivocaron en los efectos que juzgaron produciria la muerte del monarca. Los girondinos, que por medio de sus criminales declamaciones escitaron la efervescencia que le hizo caminar al cadalso, se figuraron que recobrarian su ascendiente para con el populacho, cooperando á este gran sacrificio, y que obtenido que lo hubiesen, harian que prefiriese la turba sus consejos moderados y conservadores, á los feroces designios de sus temibles rivales los jacobinos; pero en breve se desengañaron á su costa, de que semejante acto de infamia, como sucede ordinariamente con toda accion inicua, les puso en un estado peor todavia que el que antes guardaban. Los orleanistas perdieron, á consecuencia de este terrible acontecimiento, la poca consideracion que aun poseian; y Felipe *Igualdad*, que se habia lisongeadado de que contribuyendo á él, se aseguraria la corona de Francia para sí propio y sus descendientes, no tardó en sucumbir al impulso de las vigorosas y frenéticas facciones que posteriormente se disputaron la direccion de los negocios públicos. Los jacobinos esperaban, con mas fundamento que los demas, que quedando destruido el trono,

(1) Th. IV, 2, 3. Buzot, 10, 13.

serian dueños del poder por mucho tiempo; sin embargo, apenas gozaron de él diez y ocho meses. La Francia, cansada de la tiranía que ejercieron, se entregó, para que la libertase de sus horrores, no en las débiles manos de un benigno monarca, sino á la potente garra de un guerrero inflexible. Tal es la marcha de las revoluciones: jamas retroceden cuando los caudillos que las dirigen, obtienen un ascendiente irresistible, pero se precipitan, de igual modo que los hombres cuando marchan por la senda del crimen, de uno en otro esceso, hasta que el mismo extremo del mal vuelve la primacía á los que deben ejercerla, y espele de la sociedad el mortal veneno de la democracia. [1]

Los girondinos hicieron todos los posibles esfuerzos para impedir que se retirase Roland del ministerio del interior, pero todos fueron en vano. Ni aun la influencia que ejercian en él las grandes prendas tanto físicas como morales de que estaba dotada su consorte, le pudieron hacer conservar en el puesto. Declaró que preferia la muerte á los tormentos que se veia obligado á sufrir diariamente. Su ausencia del ministerio affigió en sumo grado á los miembros de su partido, por que palparon la imposibilidad en que estarían de suplir en manera alguna su falta; habian llegado los momentos en que de bulto percibiesen todo el mal que habian de producir sus medidas, tanto para su patria como

(1) Hist. de la Convenc. II, 152, 115, 116.

para ellos mismos, pero no era ya tiempo de que pudiesen remediarlos. [1]

En aquella época ocurrieron en el exterior algunos acontecimientos de una importancia extraordinaria, que aceleraron la destruccion de este célebre partido, y precipitaron el entronizamiento del terrorismo.

El primero de estos fué el paso que dió la Inglaterra sobre unirse á la liga que ^{Guerra con la Gran Bretaña.} formaran contra la República los soberanos europeos. La decapitacion del rey, como Vergniaud lo habia predicho, hizo desaparecer completamente la especie de neutralidad en que se habian conservado las potencias rivales. Chauvelin, embajador de Francia en Londres, recibió orden del gobierno inglés para que inmediatamente saliese de aquella capital, y á los pocos dias de esta medida, promulgó la Convencion su declaracion de guerra contra la Gran Bretaña, la España y la Holanda; contra la Inglaterra, porque ^{Febrero 1, 1793.} antes la declaró esta potencia con el hecho de haber despedido al embajador francés; contra la Holanda, porque estaba dominada por el influjo de la primera, y contra la España, porque se la consideraba como una solapada contraria. Siguióse á estas declaraciones la orden para que se pusiese sobre las armas una fuerza de 300 mil hombres. [2]

(1) Hist. de la Conv. II, 153.

(2) Lac. Pr., Hist. I, 51. Mig. I. 248. Th. IV, 13, 14.

Asombroso fué el efecto que produjeron estas medidas en toda la estension de la Francia. “Os tributamos las gracias por que nos habeis puesto en la *necesidad de vencer*,” dijo uno de los ejércitos á la Convencion en respuesta á la comunicacion en que se le diera aviso de la muerte del rey y de la declaracion de la guerra; y estos sentimientos á decir verdad, eran unísonos en los ejércitos, y generales entre el pueblo. El orgullo nacional que ha sido en todas épocas tan vehemente en los franceses, conmovióse en aquella sazón hasta el exceso; el partido jacobino cesó de presentar en Paris el aspecto de una sanguinaria faccion que solo ansiaba por posesionarse del poder, y apareció como una sociedad de patriotas que luchaba con intrepidez por salvar la independencia de la nacion; cualquiera resistencia que se opusiese á sus prescripciones, reputábase por traicion á la República en los momentos de peligro. Prestábanse con gusto cuantos auxilios se solicitaban, en vista de la inmensa calamidad que amenazaba; todos tenían en poco la pérdida de sus bienes ó el abandono de sus giros; los ánimos marciales solo veían un sendero abierto, y este era el del honor; solo conocían un deber los buenos, el de la obediencia; y hasta la sangre que corrió á torrentes en el cadalso, se consideró como un sacrificio que se debía justamente tributar al genio del patriotismo, para aplacar la indignacion que le inspiraba la defeccion de algunos de sus sectarios. [1]

(1) Toul. III, 236, 237. Th. IV, 4, 5.

Los partidos realista, constitucional y moderado, no pudieron ya separar la causa de la patria de la de los jacobinos, que eran en aquella sazón los que presidieron á sus destinos. El pueblo, que siempre sigue sus instintos, y que aunque no puede las mas veces formar un juicio exacto de las cosas, se declara generalmente por la causa de la virtud cuando no le guían hombres perversos, consideraba constantemente á los miembros de los enunciados partidos, como enemigos de la República; á los realistas, porque combatían sus cofrades en las filas de los aliados y lidiaban en la Vendée contra el régimen republicano; á los que sostenían la constitucion, porque se hallaban en relacion con los enemigos del estado, y solicitaban el apoyo de fuerzas estrañas para restablecer el equilibrio, entre las facciones intestinas; y á los moderados por que levantaban su voz contra la tiranía doméstica, y procuraban impedir que el brazo del poder derramase sangre humana.

El partido que en la opinion del pueblo se muestra indiferente á la suerte de la nacion en los momentos de peligro, jamás podrá, mientras aquella generacion subsista, volver á hacerse de su influjo; y la resistencia que opone á las medidas que dicta la faccion dominante en el período de la enunciada crisis, justifica el concepto que de él se forma. Por una coincidencia singular, pero que emanaba de un mismo principio, la oposicion que se hacia en aquel tiempo, tanto



en Francia como en Inglaterra, perdió el prestigio que ejercía para con la nación por la propia causa: perdiéronlo los realistas franceses, porque se les acusaba de que hacían causa común con las potencias extranjeras contra la integridad de la Francia; y perdiéronlo los whigs en Inglaterra, porque se les echaba en cara que veían con indiferencia la gloria de la nación, en la lucha que debía emprender contra la ambición del continente [1].

Los caudillos de la facción que dominaba en Francia, bien echaron de ver el peligro á que los esponía el ataque de coalición tan formidable; pero habíase hecho imposible dar paso alguno en retroceso. En virtud de la decapitación de Luis, habían acabado de romper con todos los gobiernos establecidos. La insurrección del 10 de Agosto, las matanzas perpetradas en las cárceles, y la muerte del rey, habían escitado la mayor indignación en toda la aristocracia de Europa, y entibiado extraordinariamente el entusiasmo que en favor de la Revolución había manifestado en todas partes la clase media. Las potencias de Europa habían cesado de menospreciar á los Jacobinos, y los temían; y el terror impele á hacer esfuerzos mas enérgicos que el desprecio. Pero los caudillos republicanos de París no perdieron la esperanza de salvar la causa de la democracia. La extraordinaria agitación que se notaba en toda la extensión de la

(1) Lac. III, 237. Mig. I. 248.

Francia, les hacía con fundamento concebir la idea de que podían lograr levantar en masa á toda la parte masculina de la población en su defensa, y que de este modo llegarían á presentar en campaña una masa armada mucho mayor que la que pudiesen reunir los aliados para dominarlos. Los inmensos desembolsos que tendrían que hacer, era para ellos una consideración muy secundaria. Los bienes de los emigrados les presentaban un fondo que escedía con mucho al importe de la deuda pública, y que se hacía á cada paso mas y mas crecido; y la ilimitada expedición que hacían de asignados, fuera cual fuese el descuento con el cual circulasen, les prestaba la posibilidad de proveer abundantemente las arcas, y de cubrir las necesidades del día y las que pudiese haber en lo futuro (1).

La dificultad de procurar el sustento al pueblo y la total paralización del comercio, consecuencias inevitables de las convulsiones intestinas, aumentáronse hasta un grado muy alarmante durante los meses de Febrero y Marzo de 1793. El temor del saqueo, la repugnancia que tenían los labradores á vender sus frutos en cambio del desacreditado papel moneda, descrédito que era la necesaria consecuencia de la incesante emisión de asignados, hicieron inútiles cuantos esfuerzos impendía el gobierno para cubrir las necesidades públicas. Al mismo tiempo, subieron á precio tan alto los renglones todos de consumo, que comenzó á prorrumpir en vehe-

(1) Th. IV, 16, 18.